

Cid Lucas, Fernando, coord. *La narrativa japonesa: Del “Genji monogatari” al Manga*. Madrid: Cátedra, 2014. Print. 323 pp.

KOICHI HAGIMOTO
WELLESLEY COLLEGE

Es bien conocido que la influencia de la cultura japonesa es ubicua en el mundo actual, desde el sushi y el karate hasta el cosplay y Hello Kitty. No sería una exageración afirmar que estamos ante un nuevo fenómeno de *japonismo* global, el cual no es ajeno quizás al concepto del “Cool Japan” promocionado por el gobierno nipón. En 2017 Hollywood ha producido tres películas que mantienen vínculos con las letras japonesas: *Silence* realizada por el director estadounidense Martin Scorsese está basada en la novela *Chinmoku* (1966) de Shūsaku Endo; *Rings* del español F Javier Gutiérrez es inspirada por la película japonesa ya clásica *Ring* (1998) que tiene su origen en la novela de Koji Suzuki (1991); y *Ghost in the Shell* del británico Rupert Sanders es una versión modificada del *manga* del mismo título (*Kōkaku Kidōtai* en japonés) escrito por Shiro Masamune (1989).

En España también, como señala el presente volumen, se está viviendo “una verdadera explosión de la literatura japonesa” (38). En este sentido, *La narrativa japonesa: Del “Genji monogatari” al Manga*, nos presenta una ocasión oportuna para reexaminar la historia y la evolución de la narrativa japonesa desde el periodo antiguo hasta nuestros días. El libro reúne a los escritores más representativos de Japón que han contribuido a la creación de una literatura milenaria, la cual representa, según Rumi Tani Moratalla, “uno de los niveles de producción de literatura narrativa más alta del mundo” (13). La selección recoge no sólo a los autores populares en el Occidente como Yukio Mishima, Kenzaburo Ōe y Haruki Murakami, sino también a los que son prácticamente desconocidos fuera de Japón como Ihara Saikaku y Jippensha Ikku. Los ensayos incluidos son escritos por distintos especialistas y traductores, quienes ofrecen comentarios valiosos sobre las obras principales de cada autor, así como sus respectivas circunstancias históricas y culturales.

La presente monografía consta de diez artículos, además del Prólogo y el Epílogo. No es de extrañar que, en una colección de ensayos como ésta, el nivel de elaboración de cada colaborador puede variar bastante. En efecto, algunos ensayos en el volumen solo presentan información general sobre los autores con una simple recopilación de fuentes secundarias. Asimismo, se entiende que trazar la literatura tan rica y diversa como la japonesa en un solo libro ya es una tarea casi imposible. Tal como explica el propio coordinador, los ensayos en este libro comprueban que “la prosa japonesa es un torrente inabarcable” (34). Por ello el Prólogo sirve para presentar de manera general los contextos históricos y sociopolíticos que enmarcan la vida y obra de los autores incluidos. Según Tani Moratalla, la historia de la narrativa japonesa comienza con el “periodo antiguo” (Asuka, Nara, y Heian) que dio a luz a la obra maestra del *Genji monogatari*, seguido por el “periodo medieval” (Kamakura, Muromachi, y Azuchi-Momoyama) cuya obra representativa es el *Heike monogatari*. Siguiendo este modelo cronológico, se podría añadir que Japón pasó por el “periodo pre-moderno” (Edo), con la presencia de Saikaku e Ikku, hasta que llegó el “periodo moderno” (Meiji, Taisho, Showa, y Heisei), cuando el país se abrió al resto del mundo y vio florecer los talentos de Sōseki, Akutagawa, Kawabata, Mishima, Ōe, Murakami e incluso Tezuka. Uno de los temas que recalca el presente volumen es que las obras clásicas como el *Genji* y el *Heike* siguen inspirando a los autores contemporáneos como Ōe y Murakami.

Después del Prólogo, los diez capítulos siguientes corresponden a cada obra o autor. En todos los capítulos, se presentan no sólo los argumentos principales de los textos analizados, sino también los estudios críticos que se han llevado a cabo acerca de los autores y sus coetáneos. Por ejemplo, en el capítulo 1 “El *Genji monogatari*: ... y el principio fue la belleza”, Ángel Ferrer Casals se dialoga con otros críticos como Donald Keene y Basil Hall Chamberlain con el fin de presentar un discurso más completo en torno al concepto de la belleza en el *Genji*, “la primera y más importante [obra] de Japón” (42). También en el capítulo 4 “En el caballo de San Fernando con Jippensha Ikku. La prosa japonesa desde mediados del siglo XVIII hasta el primer tercio del siglo XIX”, Fernando Cid Lucas describe el ambiente social del periodo Edo, en el cual Ikku produjo sus famosos libros de corte cómico. En particular, Cid Lucas señala el significado de la relación entre Ikku y otros escritores de su generación, incluyendo Ueda Akinari, Tsutaya Jūzaburō y Kyokutei Bakin.

Durante el “periodo moderno”, las obras japonesas continúan siendo productos directos de sus momentos históricos. Después de más de 250 años de aislamiento, la *Restauración Meiji* (1866-1869) cambió por completo el rumbo de la historia del país, así como el desarrollo de su literatura. Sin duda alguna, Natsume Sōseki es el escritor más representativo de esta época. En el capítulo 5 “Natsume Sōseki, el humilde campeón de las letras japonesas”, José Pazó analiza el trasfondo histórico y cultural de las obras de Sōseki para comprender la modernidad japonesa a finales del siglo XIX. Las palabras de Sōseki son tan centrales para la definición de la identidad nacional que se pueden entender como “espejuelos en los que cualquier lector se ve reflejado, se reconoce, se conoce” (125). Como afirma Pazó, uno de los mayores aportes del autor nipón es su capacidad de reflejar “la angustia de la modernidad mejor que ninguno otro, de la forma más clara y precisa” (126). Los textos de Mishima y de Ōe revelan otro momento importante de la historia japonesa—la posguerra—, aunque los dos tienen perspectivas distintas. En el capítulo 8 “La vida como ilusión: Yukio Mishima”, Teresa Ciapparoni la Rocca estudia la manera en que el arte, la vida y la política se entrecruzan en Mishima. Para Ciapparoni la Rocca, la literatura de Mishima refleja la imagen del Japón en la posguerra, construida a partir de los personajes que representan una retórica nacionalista que celebra la muerte hermosa y la elegancia del Imperio del Sol Naciente. En cambio, la política de Ōe gira alrededor de su postura contra la energía nuclear, influida tanto por la historia de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki como el accidente nuclear de Fukushima en 2011. En el capítulo 9 “Kenzaburo Ōe: el escritor y el intelectual”, Alfonso Falero sostiene que el tema nuclear no solo ha caracterizado a Ōe como un ciudadano japonés crítico de su propio gobierno, sino que ha definido toda su carrera como escritor e intelectual (236). Mientras que Mishima enfatiza “la belleza de la muerte”, Ōe propone el tema de “la ambigüedad de la vida” (255).

Es posible que hoy en día el autor japonés más conocido del mundo occidental es Haruki Murakami. Como afirma Antonio Joaquín González Gonzalo en el capítulo 10 “Haruki Murakami. Realismo posmoderno y valores clásicos”, la narrativa de Murakami simboliza “un claro ejemplo de la singladura que inició Japón en el último cuarto del siglo XX” (278). Uno de los temas que discute González Gonzalo es “la narrativa del yo” en la literatura de Murakami, cuya manifestación también aparece en el *Genji* y los textos de Sōseki y de Mishima (289). Es decir, la escritura (pos)moderna de Murakami firmemente mantiene la tradición milenaria de la narrativa nipona que se inició en el siglo XI. Asimismo, queda patente que dicho escritor japonés es un producto de la globalización (“un escritor de la crisis” en las palabras de González Gonzalo), quien incorpora varios elementos culturales del Occidente. Por ejemplo, ya se ha notado la influencia de Francis Scott Fitzgerald, Ross Macdonald, Ed McBain, Raymond Chandler y Truman Capote, etc., así como la importancia de la música estadounidense (Elvis Presley, Rick Nelson, The Beach Boys, Art Blakey, Jazz Messengers, entre otros) en la cosmovisión de Murakami. Además, González Gonzalo destaca la presencia del realismo mágico en las obras de Murakami, el tópico que el autor desarrolla en su propio libro, *Realismo mágico y soledad: La narrativa de Haruki Murakami* (2013). No obstante, no hay que olvidar que la influencia del mundo

extranjero siempre ha desempeñado un papel determinante en la producción de la narrativa japonesa, incluyendo la introducción de los *kanji* y el budismo de China, la lectura que hizo Kawabata de la literatura rusa (Dostoievski y Chejov) y la influencia de la historia griega en Mishima. Desde este punto de vista, se podría argumentar que los autores japoneses estudiados en el presente volumen han formado parte de la “literatura mundial” en diferentes épocas.

Es cierto que algunos ensayos en *La narrativa japonesa: Del “Genji monogatari” al Manga* solo ofrecen comentarios superficiales sobre los autores sin presentar estudios analíticos de sus obras significativas. En este sentido, uno de los artículos más logrados es el capítulo 2, “*Heike monogatari*: Polifonía de la vida y de la muerte” de Rumi Tani Moratalla, en donde se analizan en detalle algunos personajes principales de la obra clásica. En cualquier caso, dada la importante labor colectiva de investigación, este volumen provee un panorama completo tanto para los especialistas como para el público general. No hay duda alguna que puede servirle a cualquier lector como una introducción única a la historia y la literatura de Japón.